

Daniel CASSANY: *Tras las líneas. Sobre la lectura contemporánea*, Anagrama, Barcelona, 2006. 297 páginas. ISBN: 84-339-6236-1.

Que el mundo de las comunicaciones por medios electrónicos está cambiando nuestro uso del lenguaje y nuestra manera de escribir y leer, desde la ortografía a la estructura de los mensajes, es una de esas verdades de perogrullo que constituyen a menudo tema de comentario —o de preocupación— más o menos superficial. Que las maneras de elaborar y de distribuir la información la condicionan hoy de manera tal que uno no sabe a qué atenerse con más frecuencia de la que debería parecer aceptable a un ciudadano responsable, es otro tópico equivalente. No son los únicos ni acaso los más importantes. Se los tome como se los tome, representan la constatación colectiva de que ya no entendemos los textos como hace no tanto tiempo ni los asumimos con la confiada tranquilidad que solíamos.

Daniel Cassany, uno de los estudiosos y divulgadores más conocidos de las teorías y las técnicas de la lectura y la escritura en la península, afronta esa convicción con voluntad de esclarecerla mediante cierto rigor analítico y de mostrar, en consecuencia, cuáles son las pautas, los protocolos por los que se debería regir en nuestro tiempo una lectura que se quiera responsable. El título de la obra, *Tras las líneas*, con su evocación del lenguaje guerrero o de combate, sugiere de entrada que la discusión no es anodina, desprovista de implicaciones sociales y culturales de cierto calado, y que no carece incluso de aristas.

En un mundo en el que la posibilidad de elaborar y transmitir contenidos se ha extendido enormemente, pues los avances tecnológicos convierten a cada usuario en un posible generador de tales contenidos; en el que la libertad de expresión otorga a cada cual el derecho a expresar su parecer o a divulgar sus tomas de postura, por muy peregrinas o irracionales que éstas sean; en el que las fronteras geográficas se desmoronan gracias a las redes de comunicación de alcance universal; en el que la difusión del conocimiento científico parece casi un derecho del ciudadano medio, aunque esté desprovisto de los conocimientos y por tanto de las herramientas conceptuales que le permitirían descifrarlo; en un mundo tal. el lector se ve necesariamente confrontado a la necesidad de discriminar, de elegir, de filtrar los contenidos en razón de su fiabilidad o de su credibilidad, para quedarse con los que tengan algún valor. La proliferación de los mensajes comporta el correlato inevitable de que muchos de ellos son irrelevantes, fastidiosos, mentirosos o malintencionados.

El lector contemporáneo debe aprender, en consecuencia, a afinar su sentido crítico para cribarlos. Y eso sólo se consigue con una actitud inquisitiva, que cuestiona las intenciones, intereses, propósitos y condicionantes de cada mensaje y que para ello los rastrea en los enunciados mismos, intentando descubrir sus huellas en la selección léxica, la organización del contenido, el sesgo de una presentación determinada u otros indicios. Cassany viene a afirmar, en suma, que en la jungla de los textos contemporáneos, el lector ha de responsabilizarse de su propio protocolo de lectura y ha de definirlo de modo que le permita una indagación lo más rigurosa y concienzuda posible de esas determinaciones del sentido escrito.

El libro se estructura, en consecuencia, como una serie de análisis de las consecuencias sobre el texto de tecnologías, saberes especializados, lenguas francas e ideologías, y, acompañándola, un conjunto de recomendaciones para el lector que, pese a todo, desea abrirse paso en la maraña de los textos prescindibles para acceder a los que de verdad pueden interesarle. Cassany hace gala de nuevo de su pericia para la exposición clara y atractiva. Su tratadillo se lee con facilidad y resulta ameno e instructivo por igual.

Para completar la lección, el autor advierte a los lectores de que ha escondido en la obra tres afirmaciones intencionadamente falsas, que ellos deberán encontrar por su cuenta, es decir, ejercitando una lectura desconfiada y crítica como la que defiende. Para comprobar que la detección ha tenido éxito, hay que acudir a la página *web* correspondiente, que también está anotada en algún lugar del texto que hay que descubrir. Con estos juegos, Cassany nos propone un entretenimiento, desde luego, pero también una herramienta pedagógica para comprobar que nuestros protocolos de lectura, comprensión y discriminación son eficaces. Pues eso: a comprobarlo.

M. DELGADO